

José Ovejero, Jordi Puntí

Reflexiones de un diálogo pacífico

(Junio 2023)

Después de encontrarnos por primera vez y conocernos personalmente a finales de enero del 2023 en Zaragoza – un punto más o menos equidistante de nuestros hogares –, el 3 de febrero José mandó la primera carta de este diálogo por escrito. Se trataba de entrada de fijar de dónde proveníamos cada uno, cuales eran las señas de identidad que nos definían, ya fuera por imperativo biográfico, ya por decisión propia. Dado que somos escritores, no es sorprendente que José comenzara copiando un poema escrito bastantes años atrás en el que se expresaba su visión antinacionalista y su escepticismo hacia las identidades colectivas (algo que matizará después) y Jordi respondiera con un fragmento de uno de sus relatos, en el que se refleja una conciencia de clase que entraba en conflicto con el apoyo de muchos obreros a políticos nacionalistas de derechas.

Con todos los matices particulares que hagan al caso, enseguida vimos que nos unía una clara desconfianza en los dogmatismos políticos, y allí entraba también la repulsa de lo que significa el nacionalismo esencialista – tanto español como catalán –, así como una preocupación por la deriva radical hacia el crecimiento de la extrema derecha en un país – España – en el que el fin de la dictadura no exigió culpables ni castigos. De entrada el diálogo se encauzaba a través de unos puntos de coincidencia que facilitaban un marco de ideas parecido, tolerante y progresista. Luego, si acaso, ya vendrían las discrepancias.

También coincidíamos en una mirada crítica sobre el sistema judicial español, que había juzgado severamente hace unos años a los políticos que promovieron el referéndum ilegal en Cataluña del 1 de octubre de 2017, que había terminado con sentencias de prisión graves, por “sedición” en la mayoría de casos. Coincidíamos en que se trataba de un estamento judicial anquilosado, a menudo garante de unas esencias heredadas durante décadas, donde la unidad de territorio justifica las interpretaciones sesgadas de la ley, y acorde a un imaginario trasnochado de país con un pasado conquistador. La politización de la justicia, pues, no facilitaba para nada la creación de unos escenarios de diálogo y comprensión de la realidad catalana.

En el caso de Jordi, su primera carta incidía también en el hecho que este intercambio de opiniones nacía asimétrico, inevitablemente, pues él debía adoptar una de sus dos lenguas, el castellano, para facilitar la comunicación con José, aunque quedaba claro que su forma

de pensar y su defensa de la autodeterminación de Cataluña eran inseparables del valor lingüístico y cultural de la lengua catalana. Así, las reivindicaciones de independencia desde Cataluña se han sustentado históricamente en la fuerte dominación por parte del estado español, sobre todo en rasgos identitarios como la lengua y la cultura producida en catalán. Lógicamente, la lengua y la cultura han sido asuntos protagonistas durante varios momentos de la conversación.

Este no es el único asunto, claro. Quizá sea el más vistoso y que solivianta a más personas cuando es atacado, porque es el que toca aspectos más tradicionales y cercanos a la identificación colectiva, aunque por supuesto también esté el histórico agravio económico, que es una reivindicación habitual.

En este panorama, José apuntaba de entrada su desconfianza hacia una clase política catalana, de un independentismo de derechas, que se refugiaba en un nacionalismo que podría ser excluyente. La histórica modernidad de Barcelona y la conexión económica de Cataluña con el resto de Europa podría ir al traste con la independencia, no solo porque el nuevo país quedaría fuera de la Unión Europea, sino también porque habría serias posibilidades de que la deriva nacionalista se tradujera en un gobierno reaccionario y en el afloramiento de un nacionalismo excluyente, que estaría ahí, pero ahora se oculta porque el proceso independentista requiere también el apoyo de los no nacionalistas. Esta posibilidad, remota para Jordi, aunque habría que vigilarla, se discutió desde varios puntos de vista. De todas formas, enseguida ambos comprendieron que este era un escenario todavía muy lejano, más que improbable, y mejor sería intentar establecer puntos de encuentro más realistas.

A partir de la tercera carta, Jordi planteó un escenario que debería servir para trabajar en una idea que pudiera significar – a medio o largo plazo – un punto de fuga y a la vez un terreno fértil. ¿Creía José que podría aceptar la celebración de un referéndum legal? (Nada que ver con la consulta ilegal – y festiva, según Jordi – del 1 de octubre, y que conllevó las cargas policiales bestiales contra los votantes.) Por supuesto, la idea de un referéndum seguía siendo una entelequia, que además deberíamos discutir en qué condiciones debería celebrarse y cuáles serían las posibles alternativas (por ejemplo, ¿federalismo o independencia? ¿statu quo o independencia?) Además, añadía Jordi, España debería ver en un referéndum una posibilidad de avanzar en su vida política, incluso de plantear cambios en lo que la monarquía se refiere – ahora mismo un tema tabú – para recuperar la República que paralizaron la guerra civil y posterior dictadura de Francisco Franco.

José no quiso responder aún a la pregunta sobre el referéndum, no porque no tuviese una respuesta, sino porque consideraba que debía encontrarse más hacia el final del debate, para poder abordar antes los pros y contras de lo que significaría, y entrar también a

cuestionar detalles más concretos de la vida política y judicial española, así como las causas del conflicto histórico entre Cataluña y España y, sobre todo, su estado actual y posibles vías de diálogo y de solución.

Mientras intercambiábamos cartas, decidimos leer *La Cataluña ciudad*, de Eugenio Trías (publicado en 1984), y *El muro* (2022), de Lola García, que nos han permitido tener más elementos de juicio sobre la profundidad histórica del conflicto. El primero nos animó a conversar sobre la confrontación entre Barcelona y Madrid y sobre la imagen que desde cada ciudad se tiene de la otra: fue interesante pensar en cómo Trías ve en Barcelona un modelo de sociedad civil, abierta, progresista, creativa y en Madrid el ejemplo perfecto de sociedad cerrada, tradicional, apegada al pasado y celosa de su predominio. Aunque haya aquí algo de simplificación, José confesó que él, cuando era un joven madrileño, envidiaba la libertad y la creatividad que creía distinguir en la Cataluña urbana, por contraposición a un Madrid que él también encontraba opresivo y anclado en el pasado. La famosa movida madrileña fue el primer momento en el que hubo un cambio, aunque afectó más a la cultura que a las instituciones.

Por otro lado, el libro de Lola García animó a ambos interlocutores a conversar sobre los múltiples intentos por parte de los políticos de negociar acuerdos que por momentos parecen posibles, pero que nunca llegan a buen puerto, por falta de flexibilidad o por intereses electoralistas. El hecho de que muchos de los encuentros entre políticos españoles y catalanes fuesen secretos dice mucho sobre la desconfianza no ya entre políticos sino entre la población española y catalana, que hace que ver a sus dirigentes negociar se sienta a veces como una forma de traición.

Después de media docena de cartas de cada uno, José aclaró su postura sobre el referéndum: no cree que vaya a resolver el conflicto pero al mismo tiempo considera que es necesario; es decir, teme que vaya a hacer resurgir el nacionalismo más rancio de ambos lados – con el agravante de que el español cuenta con el ejército y el poder judicial – pero dado el conflicto permanente entre ambas sociedades no ve otra manera de seguir adelante que con una consulta a la ciudadanía. También porque el conflicto no se da solo entre Cataluña y España, sino dentro de la propia Cataluña.

Jordi, por su parte, considera que es un paso imprescindible aunque no esté nada seguro del resultado.

Los dos somos conscientes de que ahora mismo tendrían que cambiar muchas cosas en el Estado español para que fuera posible un referéndum, incluso que se puedan realizar conversaciones sobre dicha posibilidad. No solo por los cambios en la Constitución que

podrían ser necesarios, sino, sobre todo, por los cambios que exige en la mentalidad de unos y otros.

En un momento del debate, incluso planteamos, medio en broma medio en serio, la posibilidad de organizar una especie de congreso de figuras destacadas – intelectuales, historiadores, economistas, artistas, activistas sociales – que pudieran examinar desde su perspectiva no solo los orígenes y los rasgos del conflicto, sino también las posibles vías de solución, incluido el referéndum. En un arrebatado de desconfianza, Jordi propuso que se realizara sin políticos, o como mínimo sin los políticos actuales que se sirven del conflicto para hacer política de corto alcance, de rendimientos inmediatos, si hace falta renunciando en parte a sus ideas. Estaba claro que dicho congreso, más bien, dicha serie de congresos no debía estar enfocado hacia la imposición de una solución prevista de antemano – a un reparto de poder, de ahí, la exclusión de los políticos – sino al análisis, a la comprensión, al entendimiento. Por ello consideramos que sería saludable que también interviniesen ponentes extranjeros, con una implicación menor, probablemente, que la de muchos españoles y catalanes. En definitiva, el congreso sería una ampliación de escala de esta modesta conversación, de esta tentativa de diálogo, entre personas de origen, experiencias y burbujas diferentes (también ha sido recurrente el tema de cómo vivimos en una burbuja creada por la prensa, la lengua, nuestros contactos, que a veces nos hace impermeables al discurso del otro).

La celebración de las elecciones autonómicas y municipales, que tuvo lugar hacia el final de nuestro intercambio de correos, y la victoria notable de los conservadores del PP, sumado al crecimiento de la ultraderecha y a los posteriores pactos de gobiernos municipales y autonómicos, fue una bofetada de realidad que convirtió nuestros esfuerzos aun en más quiméricos. El cambio del contexto político hace aún más improbable el diálogo y cualquier atisbo de flexibilidad. Las elecciones anticipadas convocadas por el gobierno español, con Pedro Sánchez a la cabeza, nos darán un escenario nuevo que resituará /radicalizará la cuestión para los próximos años. Habrá que esperar a los resultados y posibles pactos, con la posibilidad – una vez más – que la izquierda española (los distintos partidos) solo puedan gobernar con el apoyo de nacionalistas vascos y catalanes. *Same old story*, y vuelta a empezar. Si, por el contrario, la derecha y la ultraderecha (ambas de un nacionalismo feroz) consiguen mayoría absoluta en el Parlamento, la situación se volverá impredecible en lo que se refiere a las relaciones entre España y Cataluña. Para cuando nos reunamos en Westfalia, se habrá despejado la incógnita. Incluso existe la posibilidad de que los partidos nacionalistas españoles necesiten a los partidos nacionalistas vascos y catalanes de derechas para gobernar..., lo que podría provocar situaciones muy peculiares. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

De cualquier manera, Jordi, que empezó el diálogo con cierto optimismo que contrastaba con el pesimismo de José, ve ahora la situación aún más difícil.

¿Habría valido la pena esto que hemos dado en llamar “el proyecto Westfalia”? ¿Hemos sido poco atrevidos, no hemos conseguido fabular e imaginar lo suficiente, a pesar de ser novelistas, porque nos hemos quedado demasiado atentos a la realidad? O quizá sea que el conflicto está tan trabado que ya se ha convertido en sí mismo en una ficción... En todo caso el diálogo sí ha valido la pena. Acostumbrados a crear y habitar realidades paralelas, nos ha obligado por una parte a imaginar distintos escenarios, por otro a intentar mirar el mundo desde los ojos del otro, ejercicio siempre interesante.

También nos ha servido para descubrir aquellos aspectos en los que estamos de acuerdo, que son quizá más de los que preveíamos al principio. Por otra parte, a nivel general, este ejercicio no puede ser nunca inútil y nos parece útil que se divulgue y, sobre todo, que se extienda, con otros protagonistas. Si descartamos, y así lo hacemos, el uso de la fuerza para resolver los conflictos, el diálogo y la negociación son las únicas vías hacia una solución. Somos conscientes de que los conflictos rara vez se resuelven por completo. Pero vivir en sociedad (y en pareja, y en familia, y con nuestros amigos) significa eso: negociar continuamente y encontrar las formas de que los conflictos no acaben arruinando nuestras vidas.

De lo que se trata es, entonces, no tanto de resolver el conflicto sino de quitarle su capacidad destructiva y mejorar así la vida de las ciudadanas y los ciudadanos, que es, en definitiva, el fin último de toda política que merezca nuestro respeto. Llámese referéndum, negociación, remodelación de las estructuras territoriales; salga de ahí una España federal o la separación en dos Estados o cualquier otra solución que ahora no acertamos a imaginar. Lo importante es que las posturas no se enquisten y que no se utilice la confrontación para imponer por la fuerza un modelo territorial determinado. Y sobre todo, para evitar un enfrentamiento en el que a menudo salen perdiendo políticas básicas para el bienestar de las personas. Y para que no puedan usarse las soflamas nacionalistas del color que sean para disimular tras el griterío la corrupción o la incompetencia.

Por eso, pase lo que pase, aunque entre medias nos desanimemos, seguiremos conversando y creyendo que, a pesar de todo, no hay otra vía. Y que nos llamen ingenuos o tibios. Pensamos que, al contrario, ahora mismo no hay nada más radical que mantener vivo el diálogo y creer en la buena voluntad de la gente; de alguna gente —no de todo el mundo, tampoco somos idiotas.